



Enfoques

ISSN: 1514-6006

secinves@uapar.edu

Universidad Adventista del Plata
Argentina

Filippi, Silvana

Reseña de "Protestantismo, Capitalismo, y Sociedad moderna en la concepción de Max Weber" de
Daros William R.

Enfoques, vol. XVIII, núm. 1-2, 2006, pp. 159-162

Universidad Adventista del Plata
Libertador San Martín, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=25918109>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Bibliografía y congresos

Daros William R. *Protestantismo, capitalismo y sociedad moderna en la concepción de Max Weber*. Rosario: UCEL, 2005. 135 pp.

Este libro representa un renovado esfuerzo por abordar críticamente el pensamiento de Max Weber y su conocida tesis acerca de cómo la ética protestante habría sido un ingrediente importante en la conformación del capitalismo moderno.

En efecto, Weber cree ver que las ideas éticas propugnadas por reformadores como Lutero, Calvino y Wesley, influyeron –no sin un proceso de transformación y secularización de sus mensajes originales– en el ámbito económico, crecientemente marcado por la concepción capitalista.

En este sentido, el trabajo de William R. Daros procura desentrañar los supuestos de la tesis weberiana, sin ocultar la complejidad de las relaciones existentes entre el protestantismo, el capitalismo y la sociedad moderna. Para ello, recurre no sólo a estudios críticos sobre el particular, sino a las mismas fuentes, es decir, a los escritos de los reformadores y a los análisis de Weber, e incluso de algunos estudiosos coetáneos que no siempre han compartido enteramente las conclusiones del sociólogo alemán.

El autor pone de manifiesto en todo momento las dificultades inherentes a cualquier intento de clarificar las causas –siempre múltiples y polisémicas– de los hechos económicos y socio-políticos.

Con un sólido conocimiento de los textos, Daros va desgranando el sentido medular del capitalismo moderno, el cual, según Weber, no ha de ser confundido con el capitalismo aventurero que registra ya antecedentes en otras latitudes del planeta –por ejemplo en el Oriente– y en otras etapas históricas anteriores a la modernidad. Ahora bien, en la aparición del capitalismo moderno entendido como esfuerzo deliberado para obtener una ganancia que sea base de una inversión y una expansión continua previamente calculada, habría incidido cierta concepción derivada del protestantismo, acerca de las relaciones entre la predestinación divina, la austeridad en las costumbres y la eficacia laboral. Ha sido propio de la Reforma el intento por replantear el vínculo entre la praxis y la certeza de la salvación. Así, mientras el cristianismo medieval con frecuencia desdeñaba el apego a lo material y condenaba severamente la usura, algunas posturas protestantes habrían hallado en el trabajo y el ahorro una vía para manifestar su adhesión a Dios en

el uso y la administración de la creación, así como un indicio de la aprobación divina en la consecución exitosa de tal empresa.

Con todo, es menester observar que las ulteriores manifestaciones del capitalismo, a menudo extremaron ciertos aspectos inherentes a la concepción protestante de la vida práctica, desproveyéndola de su inspiración fuertemente ético-religiosa, bajo la cual, la producción y el aumento de riquezas, nunca podrían ser un fin en sí mismos.

Destaca, sin embargo Daros, que, pese a la relatividad de algunas afirmaciones weberianas, el sociólogo alemán tuvo el mérito de traer a luz la discusión sobre ciertos factores influyentes en la economía que no son sólo materiales, sino de otra índole. Ponía así en evidencia, de un modo no unilateral, la complejidad de los fenómenos sociales.

Atribuirle a algunas doctrinas protestantes una incidencia sobre el surgimiento del capitalismo no significa, sin embargo, afirmar que sea su única causa. En tal sentido, el autor aporta múltiples opiniones acerca de que tal mentalidad podría encontrarse larvada ya en los mercaderes de la Edad Media, e incluso, el capitalismo como tal, reconocería causas que nada tienen que ver con la Reforma.

Así, por ejemplo, en Lutero, la vida se rige por la justicia, de modo que resulta inconcebible una separación de la esfera económica y social con respecto a Dios. Tal escisión entre la moral y el trabajo no se debe a la ética protestante, sino a un proceso de secularización y prescindencia de Dios que aparecerá en la época moderna.

Quizás algo más patente sea el vínculo entre el capitalismo y el calvinismo, pues para el reformador francés el éxito en la vida terrenal fue visto como un signo de la salvación obrada y preelegida por Dios. El éxito en el trabajo tomaba ahora un impulso interno y se convertía en un signo de la predestinación divina. El individuo tomaba conciencia del mandato bíblico de multiplicar los talentos y volcaba todos sus esfuerzos en la producción de bienes y riquezas destinados a ser compartidos con sus semejantes. “Sin esta tendencia impulsiva al trabajo exitoso, no se habría desarrollado luego el capitalismo. El dinero fue validado, aunque debía ser pensado y administrado dentro de una vida ascética” (33). Según Daros, Calvino percibía el nuevo clima social y económico que se estaba viviendo en su tiempo. Por ello, fue más tolerante para con el uso del dinero y el cobro de intereses; mas todo ello debía tener un límite moral.

Por su parte, el metodista John Wesley, si bien exhortó al trabajo intensivo y al ahorro, impuso también una impronta fuertemente ética al mismo: “Gana todo lo que puedas, ahorra todo lo que puedas, da todo lo que puedas”. Al

desaparecer el sentido ético-religioso de la solidaridad para con el prójimo la exhortación wesleyana quedó, ciertamente, desprovista de su sentido original aun cuando conservara un impulso análogo al de la mentalidad capitalista.

Esta nueva relación del hombre con el trabajo y el dinero ha de ser interpretada en el contexto de la modernidad, en la cual el individuo y sus acciones son entendidos desde una óptica radicalmente diversa de la antigua y medieval. Sin embargo, no es posible aseverar que haya una relación claramente causal entre la ética protestante y el capitalismo moderno. El propio Weber relativiza a veces la idea de una vinculación directa entre ambos y se expresa en términos de influencias. Para decirlo con A. Gouldner: “Weber sostenía que el sistema económico de Europa occidental, el capitalismo, era la consecuencia no prevista de la conformidad con la ética protestante”.

Por otro lado, es un hecho que existen matices entre las diversas direcciones del protestantismo y sus derivaciones ascéticas. Así, por ejemplo, entre Lutero, Calvino y Wesley existen divergencias no menores. Por lo demás, Daros estima criticable que Weber no haya acentuado suficientemente que la influencia del protestantismo sobre el capitalismo en todo caso no se llevó a cabo sino a costa de una ruptura o separación de los valores religiosos, “ruptura que es la causante principal del surgimiento del capitalismo moderno, generador de su propia lógica moral intramundana” (55), basada en el utilitarismo y el lucro. En este contexto, dice Daros, no resulta extraño que la economía estableciera sus propias leyes autónomamente. Las condiciones económicas de la existencia tienen, ahora, un carácter accesible al cálculo y a la previsión de un actuar racional con arreglo a fines sólo intramundanos.

Desde esta perspectiva –prosigue el autor– es imposible derivar directamente de la ética protestante la ética del capitalismo, pero sí *indirectamente* –como algo no querido por los reformadores religiosos–; porque cabe aceptar que los ideales del trabajo, del esfuerzo y del ahorro contribuyeron a crear la ética capitalista y un clima de mutua confianza en los negocios, sin cuyos ideales no hubiese sido posible el surgimiento del capitalismo moderno en Occidente (91).

Daros, sin embargo, no oculta aspectos críticos con relación al planteamiento de Weber. Si bien el sociólogo alemán ha aportado cierta explicación del “espíritu del capitalismo” cuyo surgimiento probablemente no sería comprensible sólo en términos de la mera acumulación de fuentes y medios de producción, no obstante, ha carecido de una sólida experiencia de campo, trabajando, en cambio, a partir de una extensísima bibliografía y con la ayuda de métodos estadísticos.

Por otra parte, según el autor, resulta conveniente tener en cuenta que Werner Sombart, contemporáneo de Weber, consideró que éste había exagerado la importancia de la ética protestante en la explicación del

surgimiento del espíritu del capitalismo, en apoyo de lo cual presentó no pocos argumentos que limitarían considerablemente la validez de tal tesis. En sentido análogo, Daros desarrolla algunas aportaciones del francés Henri Sée, también coetáneo de Weber.

Finalmente, ha querido traer a luz el autor, cuáles son los supuestos filosóficos de la doctrina weberiana, estimando que esta concepción, pese a su innegable valor interpretativo, adolecería de cierta debilidad epistemológica, por lo que puede ser relativizada y refutada en algunos aspectos, si bien “el mismo Weber, en parte, ya reconoció que su énfasis en la ética protestante (especialmente calvinista) debía ser *integrado con otras causas* para explicar cabalmente el origen del capitalismo moderno” (119).

Así, en conjunto, la presente investigación puede considerarse un estudio suficientemente amplio, bien documentado, con desarrollos por momentos muy detallados y, sobre todo, críticamente equilibrado. Cierra el volumen una extensa bibliografía actualizada, útil para quien desee profundizar en el tratamiento de la cuestión. En suma, puede decirse que este trabajo constituye un aporte interesante, con aspectos abiertos a la discusión sobre el tema que se propone analizar.

Silvana Filippi
Universidad Nacional de Rosario
Argentina